

Ser humano o ser estético

Ilia Galán. Universidad Carlos III. Madrid

“Muchos son los misterios que hay en el universo, pero no hay mayor misterio que el hombre” se lee en *Antígona*¹, de Sófocles, mostrando uno de los problemas clave tanto para la antropología como para la filosofía de la cultura en general y la estética en particular, por ser actividades (la cultural, en especial artística, y la dimensión estética) que pueden designar lo humano de un modo casi definitorio si es que resulta posible definir de algún modo lo que un ser humano sea, y ya no sólo clara y distintamente, lo cual resulta imposible para casi cualquier definición que salga del campo de la matemática o de la lógica, si es que ésta tuviera alguna existencia con fundamento firme en lo extramental.

Muchas veces se ha definido al hombre como potentísimo y especialísimo microcosmos, aunque tal vez fuera posible designarlo más bien como macrocosmos, es decir, infinito de los infinitos afincado en una estructura finita y material. Los pensadores medievales tendían a considerarlo no sólo como la culminación de la creación, por ser imagen de Dios, sino también, en no pocos casos, como si el ser humano particular y no sólo como especie, cualquier persona, tuviese un valor superior al del resto del universo, y todo ello porque cualquiera fue comprado por la muerte de Cristo; el ser humano sería centro de la creación y su culminación, más que él sólo los ángeles y Dios.

A partir de ahí, distinguir lo humano de los otros seres vivos ha sido algo fundamental, y no sólo por motivos teológicos, éticos o cosmológicos, sino también por motivos prácticos; por ejemplo, con el caso del aborto cuando se trata de dilucidar si un óvulo fecundado es o no un ser humano y por qué sí lo es ya un feto de siete meses y dónde están los límites, si los hay, en el caso de alguien que está en coma durante años y se duda de si es o no un hombre o de quien nace desprovisto de las facultades de conocer o reducidas éstas a las puramente animales o vegetales, etc.

Por ello, la definición de animal racional que dio Aristóteles no conviene con exactitud a muchos casos humanos (retrasados mentales, enfermos graves con alzheimer, bebés, etc.), pues algunos ni siquiera tienen la posibilidad de devenir racionales y otros que supuestamente lo son ejercen, y parcialmente, la racionalidad en breves momentos de su vida.

La hipótesis que aquí se utiliza es pues la de definir al hombre por su capacidad de comprensión o intuición de lo infinito y no tanto como abstracto –propio de la filosofía– sino también como experiencia de lo infinito, desde lo particular aunque pueda ser a la vez universal. Esto se daría en el ámbito filosófico, parcialmente, en la religión y en el arte o, mejor, en la experiencia estética.

Ahora bien, como agudamente señala Goethe en su canción *Lamento inicial*²: “lleno está el mundo de absurdos/ ¿cómo tú no habrás de estarlo?”. No es sólo que nosotros

¹ 332 y ss.

² “Die Welt ist voller Widerspruch,/ Und sollte sich´s nicht widersprechen?” J. W. Goethe. *Werke*. Leipzig, s/f., herausgegeben von Eduard Scheidemann, vol. I, “Lieder”, *Verklage*, p. 7.

engendremos el absurdo —experiencia evidente y general—, que lo seamos o que habite en nosotros, sino que es el mundo el que está lleno de absurdos, es decir, penetrado, por tanto, de lo irracional. Lo cual hace difícil explicar la dimensión propiamente humana desde la sola razón, como pretende la filosofía (la parte pretendiendo explicar el todo) cual si fuera el razonamiento abstracto la cumbre del conocer, mientras que la religión, los mitos o el arte, a veces logran profundizar más en lo que el ser humano es, fundamentalmente por el uso de la intuición y no sólo en su modalidad intelectual sino la pura intuición estética u otros tipos de intuición.

El mundo de la experiencia estética, que alcanza a la percepción de la belleza o la sublimidad en la misma naturaleza o en cualquier ser, aunque no sea objeto artístico, incluye la experiencia artística —todo ser humano es artista de alguna manera, si ha desarrollado adecuadamente sus capacidades—. Este ámbito no niega lo irracional sino que lo asume y lo entiende como confundido y mezclado que está con lo racional, al igual que en la niebla no es posible distinguir aire de agua, o luz de oscuridad en sus grados intermedios, frío o calor.

En este sentido también el ser humano puede verse a sí mismo como obra de arte, al estilo de lo que se extrae del Schiller de *Cartas sobre la educación estética del hombre*, siguiendo a Kant, o desde Schelling o, posteriormente, Krause, y ya más radicalizado y para el caso del genio, confundido con el superhombre, en Nietzsche.

No de un modo muy distinto lo entendía Jünger cuando señala a un personaje especial de sus novelas³: “Hermano Othón tenía por principio tratar a las personas que se le acercaban como si éstas fueran inestimables tesoros descubiertos a lo largo de un viaje.” Es decir, el ser humano como tesoro que se descubre en nuestro largo viaje por la vida, el largo viaje que también desarrollan los demás y en el que nos cruzamos, tesoro inestimable que, como valiosa obra de arte, siempre tiene algo que decirnos y un valor en sí mismo. Por eso, ese personaje: “concebía a los hombres como depositarios de algo maravilloso y a todos les dispensaba un trato principesco”⁴.

Realmente, cabe también estimar a ciertos animales como obras de arte de la naturaleza o de Dios, expresiones logradas de belleza y aun de sublimidad, como algo maravilloso. Pero tal es una estimación humana, del contemplador o dueño del animal. Por lo que respecta a cómo se ven las fieras entre sí parece que, si bien tienen tendencia a la atracción sexual de unos cuerpos y no otros —lo cual no es igual a lo que entendemos por belleza— y unos gustos respecto a ciertos lugares no tienen, según observamos, la sensibilidad por la belleza en sentido fuerte, es decir, aquél que en el fondo es sublime y que otorga una experiencia de la infinitud, como tampoco parecen capaces de sentimiento religioso. El pájaro jardinero y otros que hacen hermosos bailes o cantos no emulan tanto al arquitecto, al jardinero, al músico o al danzante cuanto al seductor, pues su objetivo fundamental es atraer a la hembra. En ésta sí cabría entender que se da el gusto por lo que hacen o se muestran los otros pero en este punto parece circunscribirse a un gusto entendido más como placer —valoración de la potencia, del esplendor, etc.— que como algo trascendente según es la experiencia estética, que siempre va más allá de lo dado, sin dejar lo dado, desde la materia a la forma y desde la forma a la no forma...

³ E. Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, Barcelona, Destino, 1990, V, p.29

⁴ *Ibidem*.

Por eso, el respeto al otro, como humano, y a sí mismo, es clave pues es parte de la sacralización que entendemos en el fin en sí mismo que es la vida humana y que derrumba preguntas como: ¿para qué sirve un recién nacido? Ya que no tiene por qué servir para... Es en sí valor absoluto. De ahí la conocida frase de Séneca: *homo homini sacra res*⁵, pues es y debe ser sagrado el hombre para el hombre. También es en este contexto aplicable la noción de aura utilizada por Benjamin pero no ya a la obra de arte sino como algo que emana de lo humano, de lo más hondamente humano, entendido éste también como divino y como divinizador, no tanto en el sentido de lo que propusiera Feuerbach, sino recogiendo el bíblico y demoníaco: *eritis sicut dii*, pero transmutado, es decir, no dioses al margen de Dios como unidad, separados por la negación, sino en versión posterior a la testamentaria y aplicada por místicos y teóricos del arte; el hombre unido a la divinidad de la que participa, al Todo del que es parte, y que sacraliza o engendra lo sagrado desde sí. Nada que lo distinga en el fondo de la noción griega de semidiós o la que posteriormente se dio al hombre como intermedio entre la bestia y el ángel, participando de los dos.

En este sentido se entiende la afirmación de Jünger: “Había perdido el respeto a sí mismo, con lo que siempre da comienzo la desgracia entre los hombres”⁶. Pues la no escucha de los valores en sí que albergamos lleva a acumularlos en el otro, a no reconocerlos tampoco en lo ajeno.

Valores en sí, como lo que resulta de la obra de arte o lo que se contempla estéticamente, pues en esa experiencia no se siente, ve y vive como medio sino como fin en sí mismo, más aún que el placer. Valor en sí porque es una posición absoluta y como si emanase directamente de un Absoluto, sin finalidad externa porque ya alberga el infinito en sí mismo, y así se concibe como don, como gratuidad, no sólo la acción que surge del genio o del artista cualquiera que sea, tal y como se ha concebido respecto a la inspiración, sino también respecto al contemplador y el acto –cabría incluso decir la acción– del contemplar. No en vano dice Jünger: “lo mejor de la vida es siempre gratuito”, como la vida misma en el fondo lo es.

Esta dimensión contrasta con la peculiar capacidad que el hombre tiene para deshumanizarlo todo; y así, la enseñanza, labor de creación de conocimiento en otros, pro ejemplo, puede convertirse en algo mecánico por la desidia, el cansancio y la dejadez, o en el médico que ve a un paciente, o en el trato humano, las relaciones familiares reducidas a la convención, etc. La mecánica del abandono viene a esterilizar los actos eliminando su aura, lo sagrado o mágico que tienen o pueden tener, su dimensión estética o mística. No muy distintamente sucede con la política cuando es tragada por la burocracia, etc.

De ahí que se concibe como trágica, por anodina, la vida puramente animal, material en el sentido más burdo del término, gris, de tantos hombres de nuestro tiempo, sin apenas ideas propias, angustiados por el uso práctico de la razón, devorados por los propios hábitos o los que imponen la publicidad y los medios de comunicación de masas; devorados por la televisión y el ajeteo cotidiano, muchas personas sólo parecen pararse y frenar los acontecimientos mirando hondamente hacia adentro cuando hay una crisis interna, una depresión, un divorcio, un fallecimiento de alguien muy querido o un serio revés en la vida... También se da cuando los medios

⁵ L. A. Séneca. Epíst., 95, 33.

⁶ E. Jünger. *Op. Cit.*, XX, p. 31.

materiales escasean en una sociedad del despilfarro; primero se suele pensar en conseguir los bienes anhelados (recuperar un trabajo, etc.) Y luego en los problemas de un sistema social en el que han de moverse obligadamente. El absurdo del mundo surge cuando ese mundo les falla o contradice su vida normal, su costumbre. La experiencia estética, sin embargo, es un modo de trascender el mundo desde el mundo mismo, hacia adentro; un hallar la infinitud en la cosa, desde la cosa aun cuando deja de ser en rigor cosa para nosotros.

Pero la experiencia estética no es sino un modo de la experiencia amorosa que se recrea y goza con la cosa o con el espíritu que impregna un objeto, con el creador que, en definitiva, hallamos en lo creado. Amar no es sino querer a alguien impregnándolo de poesía, como en sí. El enamorado idealiza a quien ama, el mismo que para otro puede ser vulgar y zafio, y así halla lo bueno hasta en lo miserable, pero lo bueno que también se halla ahí, que es en lo otro, en el otro. El amor, desde otro punto de vista, no es sino un modo de la experiencia estética, entendida ésta desde su hondura, no como simplemente lo bonito que halaga el gusto y es prescindible sino como la belleza que entronca con una dimensión sublime o que es sublime en sí misma.

Si para Schelling en el arte se reunían todos los contrarios y por lo tanto era el punto culminante de su sistema de filosofía, también quedan las consideraciones de Hegel (arte, religión, filosofía); pero quizá son modos de acceder a un mismo contenido, diversas dimensiones de un mismo ser, un mismo objeto que parece ser en el fondo un Sujeto.

Otros seres vivos son capaces de una cierta voluntad, de conocimiento, de sentimientos y hasta de abnegación —por crías o el perro por su amo—, de cierto razonamiento lógico y hasta de lenguaje, incluso un lenguaje —aunque rudimentario— arbitrario, articulado y sistematizado, tal y como se ha comprobado en experimentos con chimpancés y otros simios. De modo que si hay algo que nos distinga, pues también son capaces de cierto grado de abstracción, esto ha de darse en esa percepción o intuición de lo infinito, lo cual se da fundamentalmente en la experiencia religiosa o en la estética en general. Experiencia que excede lo que es dado, que no sólo conecta con un posible futuro sino que parece afincarse fuera del tiempo, tal vez en los valores intemporales o eternos, lo en sí mismo.

Ilia Galán
Dpto. de Humanidades y Comunicación
Universidad Carlos III
c/ Madrid, 126. Getafe
28903 Madrid
ilia.galan@uc3m.es